



YO TE VI PRIMERO

PATRICIA BONET

YO TE VI
PRIMERO
PATRICIA BONET

EDICIONES KIWI, 2022
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONES**KIWI**

Primera edición, febrero 2022
IMPRESO EN LA UE

ISBN: 978-84-19147-02-8
Depósito Legal: CS 864-2021
Copyright © 2021 Patricia Bonet
Copyright © de la cubierta: Borja Puig
Copyright © de la foto de cubierta: shutterstock
Corrección: Paola C. Álvarez

Copyright © 2022 Ediciones Kiwi S.L.
www.edicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Para mis hermanas.

Sois mi Hailey Wallace.

Sin vosotras, este libro no tendría palabras.

When the night was full of terror
And your eyes were filled with tears
When you had not touched me yet
Oh take me back to the night we met.

Lord Huron

The Night We Met

CAPÍTULO 1

Odio que me llame Ottawa

~Chelsea~

La música suena a todo volumen por los pasillos. La gente no tiene corazón. Me alegro mucho por todos los que terminaron los exámenes esta mañana, pero yo tengo el último dentro de una hora y necesito repasar.

Echo un vistazo a mi alrededor. Si mi hermana me viese ahora mismo, sentada en la cama en plan indio, con el libro de Psicología sobre el regazo y miles de papeles esparcidos por la cama, estoy segura de que lo cogería todo sin hacer preguntas y lo tiraría a la basura. Según ella, es una pérdida de tiempo estudiar las horas previas a un examen. O te lo sabes, o ya no te va a dar tiempo, por lo que es mejor relajarse; ir a tomarse un café, por ejemplo, o acudir a la fiesta ilegal que se está dando ahora mismo en nuestra residencia y en la que ella, por supuesto, está presente.

A mí me parece muy bien que piense así y yo la apoyo, pero desde mi cama y con el libro en la mano. Me encantaría tener la habilidad de Hailey de leerlo todo solo una vez y quedarme con los conceptos a la primera, pero, aunque seamos gemelas y nos parezcamos hasta en la forma de sonreír, a la hora de darnos la habilidad de concentración y de estudio, ella se quedó con el noventa por ciento. Supongo que porque, como es tan ansias, tenía que arrebatar cuanto más, mejor.

Shake It Off, de Taylor Swift, comienza a sonar por todo el recinto, consiguiendo que hasta la cama en la que estoy sentada vibre. Unas locas gritan la letra a la vez que Taylor. Pondría la mano

en el fuego a que una de esas locas es mi hermana, y estoy segura de que no me quemaría.

—Se acabó.

Resoplando, me levanto como una exhalación de la cama y voy directa al armario de Hailey, tirando el libro de Psicología al suelo por el camino. Lo abro con toda la mala leche de la que dispongo y rebusco entre sus cosas hasta dar con su sudadera favorita; esa en tonos amarillos y verdes que le regalaron nuestros padres el día que empezábamos la universidad, hace ya cuatro años. La cojo y me la paso por la cabeza. Después, busco entre sus pantalones hasta dar con los negros con hebillas a los lados. Me quito los del pijama y me los pongo también. Pero ahí no termina la cosa. Voy hasta el pequeño zapatero que hay en la esquina y me calzo los botines negros con pelo por dentro. ¿He comentado que son sus zapatos de la suerte y que es lo único que no comparte conmigo?

Recojo todos los papeles de la cama, el libro del suelo, lo meto en la mochila y me abrigo como si fuese un esquimal antes de salir de la habitación hecha una furia.

En cuanto salgo al pasillo, la veo, aunque es difícil no hacerlo porque es la que más destaca de todos. Está subida sobre una mesa, simulando que es un escenario, dándole todo. Encima es que canta fenomenal, y lo sabe. Por eso no duda en saludar a la pequeña multitud que se ha congregado a sus pies como si de la mismísima Taylor se tratase mientras estos vitorean su nombre.

Ni siquiera me molesto en mandarla a la mierda. A ella y a las demás. Con la mochila al hombro y las llaves del coche en el bolsillo, bajo las escaleras a la carrera hasta salir a la calle y, de ahí, al aparcamiento del campus. Nuestro pequeño escarabajo rojo nos saluda desde una esquina, cubierto por una fina capa de nieve. Con la manga del abrigo, limpio lo que puedo —lo suficiente para poder arrancarlo— y me meto dentro. Pongo la calefacción a tope y me froto las manos para entrar en calor.

Odio el frío. Y la nieve. Y el frío. Ya lo había dicho, ¿no? Pero es que lo odio. Se te mete por todas partes y te corta hasta

la respiración. Con lo cómodos que vamos todos con un pantalón corto y una camiseta de tirantes.

Arranco el coche y conduzco hacia el edificio de Medicina de la universidad. Me encanta ir a su biblioteca cuando tengo que estudiar o preparar algún trabajo. Nunca hay nadie, así que el silencio es mi mejor amigo. Además, es de las pocas del campus que no cierran por la noche, por lo que a veces me pierdo en ella, simplemente, para leer un libro o ver una película en el ordenador con los cascos puestos. O, en los pocos momentos en los que me gusta la nieve, para ponerme música mientras veo cómo esta cae sobre los árboles y los ladrillos rojos tan característicos de la Universidad de Vermont.

Llego al edificio en apenas cinco minutos y aparco en la puerta. Con la mochila colgada al hombro, salgo del coche y entro deprisa en el edificio con cuidado de no resbalar, porque lo que menos necesito ahora es una torcedura de tobillo. Miro el reloj y maldigo. Me queda apenas media hora para estudiar si quiero llegar a tiempo al examen.

Saludo con un gesto de la mano a la señora Morris, la bibliotecaria, cuando paso por su lado, y voy hasta la mesa de la esquina, esa que está al lado de la sección de anatomía. Al llegar, me paro en seco; no está vacía. Un chico alto, moreno y con unos auriculares blancos sobre las orejas la está ocupando. Está mordisqueando un bolígrafo y tiene lo que parece ser un libro entre las manos. Debe de ser muy interesante, porque no aparta la vista de sus páginas. Ni siquiera cuando muevo la silla para poder sentarme.

Si quiero soledad debería marcharme a otra mesa, pero no quiero. Me gusta esta y su presencia no me molesta. O no debería.

No me hace falta verle la cara para saber quién es, y eso es porque todo el mundo conoce a Scott Hamilton. El arisco, borde y hosco antiguo capitán del equipo de *hockey* de la universidad.

Doy un respingo cuando levanta la cabeza de golpe y me pilla observándolo. Le ordeno a mi cerebro que aparte la mirada, pues es de muy mala educación quedarte mirando a la gente tan

fijamente. Pero ha debido irse de vacaciones, porque mi cabeza se queda donde está, al igual que mis ojos.

Scott suelta el libro, lo cierra de golpe, se recuesta sobre la silla y se cruza de brazos. ¿Lleva manga corta? Este tío está como una puñetera cabra. ¿No ha visto la nieve que hay fuera? Se quita los cascos con una mano y los deja colgando del cuello, por el que asoma tinta negra. Ladea apenas la cabeza hacia la derecha y me brinda una de esas sonrisas marca de la casa. Esa por la que es tan famoso.

—Vaya, vaya, ¿a quién tenemos aquí? ¿Estudiando hasta el último minuto? Sabes que eso no sirve para nada, ¿verdad? —Me encantaría hacerle tragar el bolígrafo que tiene entre los dientes—. Oh, vamos, prima, ¿no vas a saludarme? Te tenía por una chica más educada.

Me obligo a no entrar en su juego, pero fallo estrepitosamente. No tengo ni idea de qué le pasa a este chico conmigo, pero parece que uno de sus *hobbies* favoritos es sacarme de quicio. Y no sé por qué, porque no le he hecho nada.

Alzo la barbilla y lo fulmino con la mirada.

—No me llames prima.

Se lleva una mano al corazón, como si estuviese ofendido, mientras me mira con los ojos abiertos de par en par.

—¿Por qué? Se supone que somos familia, ¿no? —pregunta en un engañoso tono amable. Pongo los ojos en blanco y decido no contestarle.

No, no lo somos, y lo sabe. Que esté saliendo con su primo no significa que seamos nada. De hecho, es que no nos caemos ni bien, y es así desde que nos presentaron de forma oficial en su casa y me estrechó la mano a modo de saludo. Me odia, y él a mí me intimida. A veces, lo pillo mirándome de una forma que me pone nerviosa —y no es de los nervios buenos, sino de esos que se te instalan en el estómago y no desaparecen durante horas—, y otras es tan hosco hablándome que me incomoda. Brad dice que son imaginaciones mías. Además de primos, son los mejores

amigos, así que ellos se llevan a las mil maravillas. Se han criado prácticamente juntos y son como hermanos. A mí, de verdad, me gustaría llevarme bien con él, pero no puedo. Él no me deja, pues no pone ni un poquito de su parte, y yo ya estoy cansada de intentarlo.

La cuestión es que sé que no debería importarme, pero lo hace, porque yo no me llevo mal con nadie. No que yo sepa, al menos, y que este tío me haga sentir así... pues no me gusta.

La alarma de mi móvil comienza a sonar, haciéndome reaccionar. Lo saco del bolsillo, miro la hora y observo, horrorizada, que ya ha pasado la media hora que tenía para repasar.

No puede ser. ¡Si ni siquiera he sacado el libro de la mochila!

¡Que no he repasado nada! ¿Qué narices hago yo ahora?

—¿Ya te tienes que ir? Qué visita más corta.

—Déjame en paz, Scott —siseo mientras echo la silla hacia atrás para ponerme en pie. Lo digo bajito, pero me escucha. Normal. Creo que somos los únicos habitantes del edificio. Además de la señora Morris, por supuesto.

—Si solo estaba entablando conversación con mi prima.

—Te he dicho que no me llames así. Además, no has mantenido una conversación en la vida conmigo, no veo necesario empezar ahora.

—¿Cómo puedes decir eso? Nos llevamos bien.

—Mira, de verdad, hoy no tengo ganas de entrar en esa mente retorcida que tienes. Brad no está por aquí y no tenemos que fingir llevarnos bien. Así que, si me disculpas, tengo que seguir con mi vida.

Creo que es la frase más larga que le he dicho. Me levanto, me cuelgo la mochila al hombro y doy media vuelta para salir disparada.

—¡¡Mucha suerte, Ottawa!! —grita. Me doy la vuelta y apoyo las manos en el respaldo de la silla—. Te lo digo de corazón.

—Tú no tienes de eso. Además, ¿tanto te cuesta llamarme por mi nombre? Chelsea. Me llamo Chelsea —vocalizo mi nombre

letra por letra, como si fuera un niño pequeño al que le estoy enseñando a hablar.

Echa la cabeza hacia atrás y rompe a reír, consiguiendo que su risa rebote en todas las paredes de la estancia y en sitios en los que no debería de rebotar, como mi pecho.

—Si lo hiciera, sería como los demás, y a mí me gusta ser único.

Ruedo los ojos y opto por no contestarle. Salgo del edificio y vuelvo a mi coche. Menudo día más improductivo.

Justo antes de girar la llave en el contacto, mi teléfono comienza a sonar. El nombre de Hailey aparece en pantalla. Estoy tentada a colgarle, pero mi hermana es tan pesada que es capaz de agotarme la batería del móvil a llamadas.

—¿Dónde estás? —pregunta nada más descolgar. Ni siquiera me deja saludar.

—Hola, Hailey. ¿Qué tal?

Un resoplido me llega desde el otro lado. Aunque no la veo, puedo sentir como pone los ojos en blanco. Meto la marcha atrás y salgo.

—Hola, Chelsea, ¿qué tal? ¿Dónde estás?

No se escucha música de fondo, por lo que la fiesta debe de haber llegado a su fin. Subo la calefacción un par de grados y enciendo la radio, poniendo la música al mínimo. Odio ir en el coche en silencio.

—He ido a nuestra habitación y no estabas —continúa mi hermana—. ¿Cuándo te has ido? No me he dado ni cuenta.

—Normal. Estabas a lo Swift, dándolo todo.

—¿Me has visto?! —chilla, emocionada. Como si le acabase de decir que hemos ganado la lotería.

—Primero, te he oído. Como para no hacerlo, por cierto. Y luego, te he visto ahí subida encima de la mesa.

—¿Has visto a mis *fans*? Me adoran.

No puedo evitar reírme. Porque, para qué mentir, la adoran.

—Bueno, dime. ¿Qué quieres?

—¿No vas a hacer el examen? Faltan diez minutos y no estás en la puerta.

—¿Estás en mi clase?

—Pues claro. Te dije que vendría a darte ánimos. Lo que no entiendo es por qué yo estoy y tú no.

—Voy de camino. —Miro la hora en el reloj del salpicadero y golpeo el volante con el puño. Voy a llegar tarde.

—¿De dónde vienes?

—De la biblioteca.

—Pero si está en el piso de arriba. ¿Cómo puedes tardar tanto?

—De esa no, de la del edificio de Medicina.

—Ay, mi pequeño poni solitario, que se va a los lugares más marginados para que nadie la moleste.

—¿Te extraña? Menuda teníais montada en la residencia.

—Ya sabes lo que opino de estudiar las horas previas a un examen.

—Sí, que son una pérdida de tiempo. Lo sé, lo sé.

Llego a la puerta del edificio donde tengo el examen y aparco en la puerta. Este, como el de Medicina, es de ladrillo rojo, solo que este acaba en punta y la puerta es en forma de arco. Puedo ver a mi hermana a través de las ventanas que hay en la fachada, con el teléfono pegado a la oreja. Pito, para llamar su atención. Se gira y me saluda con el brazo en alto en cuanto me ve. Cojo por millonésima vez la mochila de marras y salgo del coche. Conforme me voy acercando a ella, la veo pasar de contenta a ceñuda, para terminar mirándome enfadada, con los brazos en jarra sobre la cintura y picando con el pie contra el suelo.

—Llevas mis botas —me recrimina en cuanto cruzo la puerta.

—Sí.

—Y mis pantalones.

—Sí.

—¿Algo más?

Me abro el abrigo y la dejo ver el suéter. Estira la mano, como si así me lo pudiera quitar, pero doy un paso atrás y me vuelvo a cerrar la prenda de abrigo.

—¿Por qué me quitas la ropa? ¡Tú tienes tu propio armario!

La miro con una ceja arqueada.

—Ese gorro que llevas sobre la cabeza es mío. Así como los guantes, la bufanda y los zapatos. Y, ¿a ver? —Me inclino hacia delante para mirarle los labios más de cerca—. Sí. Ese brillo, también.

Me mira, seria, durante unos segundos hasta que se encoge de hombros.

—No es lo mismo.

—¿Por qué?

—Porque... porque... ¡No es lo mismo!

Chasqueo la lengua contra el paladar, le doy un rápido beso en la mejilla y dejo las llaves sobre su mano abierta. Después, echo a andar hacia las escaleras.

—Gracias por venir. El coche está aparcado fuera, justo en la puerta. Conduce con cuidado, las carreteras están heladas. ¡Me voy corriendo, que no llego!

—¡Te veo mañana en casa!

Aunque estoy de espaldas, levanto el pulgar en señal de afirmación y subo el primer escalón.

—¡¡Mucha suerte, mi pequeño poni!! ¡¡Lo vas a hacer genial!!
¡¡No olvides que eres la hostia!!

Aunque ya no la veo porque casi he llegado al primer piso, la oigo. Todos la oímos, porque la chica se gasta unos pulmones que para qué. Debería darme vergüenza, pero para nada. Mi hermana es así y la adoro por ello.

Entro en clase y paso a ocupar mi sitio en primera fila. Me quito el abrigo y lo dejo en el suelo, sobre la mochila. Estoy lista para enfrentarme al último examen del trimestre, ese que iniciará mis vacaciones de Navidad, porque, en cuanto salga de aquí, Brad estará fuera, esperándome, con el coche cargado con su maleta y la mía para pasar una semana en casa con mis padres.

Van a conocer oficialmente a mi novio y creo que está a punto de darme un infarto. Me sentiría mejor y menos nerviosa si mi hermana estuviese a mi lado, pero Hailey tenía planes esta noche y

se acercará mañana a casa con nuestro coche. Nosotros nos vamos en el de Brad.

El profesor entra en clase y todos nos callamos *ipso facto*. Cojo aire un par de veces y cruzo los dedos para acordarme de todo lo que he estudiado y no quedarme en blanco.

CAPÍTULO 2

Empezamos por el principio

~Chelsea~

Le entrego la hoja al profesor con una sonrisa enorme en la cara. Parece que me haya tragado una percha. El hombre me mira con una ceja arqueada y con una mueca en la cara, como si se hubiera tomado un limón podrido.

No me importa. Por fin he terminado los exámenes y puedo comenzar mis vacaciones navideñas. Es la época del año que más me gusta. A pesar de odiar el frío y de que la nieve me cale los dedos de los pies y me los congele, me encanta ver la casa nevada. Adoro levantarme el día de Navidad y abrir los regalos con Hailey y mis padres junto a la chimenea mientras la nieve cae fuera. O participar en el ritual de mis vecinos el día de Nochevieja. Es una contradicción, lo sé, si tenemos en cuenta que llevo quejándome de la nieve desde que he abierto un ojo esta mañana, pero como no hay explicación posible para la locura, pues ni intento buscarla.

Me despido con besos y abrazos de los pocos compañeros que han terminado también el examen, en especial de Kiyoshi, mi inseparable compañero de estudios, y salgo para reencontrarme con Brad.

El alma se me cae a los pies cuando, al salir, no hay ni rastro de mi novio ni de su coche.

Hace más frío que hace un par de horas, pues el sol ha comenzado a desaparecer y está nevando. No mucho, pero sí lo suficiente para calarte los huesos y quedarte congelada. Saco de la mochila el gorro, los guantes de dedos y el teléfono móvil. No tengo mensajes

suyos, ni tampoco llamadas. Extrañada, marco su número y espero. Al tercer tono, responde. Bueno, más que responder él responde la música atronadora que me retumba en los oídos. Me aparto el teléfono porque no quiero quedarme sorda, aunque me da tiempo a reconocer la canción. Es *Blinding Lights*, de The Weeknd.

Respiro hondo y me vuelvo a colocar el teléfono en la oreja.

—¿Brad? —Nadie responde. Salen un par de compañeros por la puerta, les digo adiós con la mano y me pego más el teléfono a la oreja, como si así mi novio pudiese escucharme mejor—. Brad, ¿estás ahí?

—¡¡Cariño!! —grita, arrastrando las palabras.

Genial. Está borracho.

—¿Dónde estás? —Intento sonar serena, aunque la sangre me burbujea por todo el cuerpo.

No oigo nada, solo la música sonando a todo volumen.

Entro en el edificio, porque de verdad que me estoy quedando helada, y cuento hasta tres. Después hasta seis y, por último, hasta diez.

—Brad, cariño, ¿puedes oírme?

Se escuchan ruidos, risas, y después una voz que no es la de mi novio al otro lado.

—¡¡¡Chelsea!!!

Me llevo una mano al puente de la nariz e intento tranquilizarme. Luke, el mejor amigo de Brad, va casi o más borracho que él.

—Luke, por favor, ¿puedes pasarme con Brad? Tengo que hablar con él. Es urgente.

—¿Estás enfadada? Pareces enfadada. Tío, creo que tu novia está enfadada.

Enfadada es un eufemismo. Estoy tan rabiosa ahora mismo que podría estamparle el teléfono a Brad en la cabeza. Bueno, a los dos, porque no hay personas que me saquen más de quicio que él y Luke.

Parece que Luke le ha dado el teléfono a su amigo y que este se está moviendo hacia un sitio con menos ruido. Escucho como una

puerta se abre, se cierra y, después, silencio. Yo no digo nada, porque sé que, si lo hago, solo seré capaz de ponerme a chillar como una histérica.

Brad me conoce, así que tampoco abre la boca. Ambos nos quedamos en silencio durante unos segundos, escuchando la respiración del otro. Él, supongo, intentando pensar en qué decir y yo, pues eso, relajándome para no gritar.

—¿Chelsea? —pregunta, titubeante, tras minuto y medio de silencio.

—¿Por qué no estás recogióndome en la puerta del edificio como habíamos quedado?

—Perdóname —dice como respuesta. Espero a que diga algo más, pero nada. Suspiro y me llevo una mano a la frente.

—¿No piensas decir nada más?

—¿Qué quieres que diga? La he cagado y no se me ocurre nada más que decir para que no te enfades conmigo. O para que no te enfades más conmigo, más bien.

Habla tranquilo. Sereno. O todo lo tranquilo y sereno que puede, porque sigue arrastrando las palabras y se nota que está más que achispado.

—Habíamos quedado.

—Lo sé.

—Nos vamos a Ottawa a conocer a mis padres, Brad.

—También lo sé.

—Y tú te has ido a una fiesta a emborracharte con Luke.

Resopla. Pero no es un resoplido chulesco o de enfado. Sino más bien de resignación. De esos que haces cuando sabes que has metido la pata hasta el fondo.

—Al acabar el entrenamiento, algunos chicos han pensado que podríamos ir a casa de Marcus y los demás a tomarnos la última antes de las vacaciones de Navidad.

—Brad, ibas a coger el coche. ¿Cómo se te ocurre beber antes?

—Solo era una copa.

—Ni una ni media.

—Pero...

—No. Olvídalo —lo corto, porque la verdad es que no quiero que me diga nada. Me siento en un banco libre que hay y cruzo una pierna sobre la otra—. ¿Es porque no quieres venir a casa de mis padres y has cogido esto como una excusa?

—¿Qué?! ¡No! ¿Cómo puedes pensar eso?

—¿Y yo qué narices sé, Brad? Deberíamos estar de camino a Ottawa y, sin embargo, estoy sentada en un banco hablando contigo por teléfono.

—No te muevas. Voy para allá en un minuto, te recojo y nos vamos.

—Has bebido. ¡No puedes coger el coche!

—Pero si ha sido una copa. No estoy borracho. Estoy bien.

—Mierda, Brad. ¡Si no puedes ni pronunciar la ese!

Dice algo más, pero no le presto mucha atención. Me siento cansada, abatida y muy muy muy enfadada. Tengo dos opciones; dejarlo aquí e irme yo a Ottawa mañana con Hailey, o creer que de verdad quiere venir y que solo ha hecho el idiota, ir a por él y poner rumbo a casa como teníamos pensado.

Aunque mi cabeza me dice que escoja la primera, la ignoro y me pongo en pie mientras salgo del edificio para llevar a cabo la segunda.

—Me has dicho que estás en casa de Marcus, ¿no?

—Sí, pero...

—Cállate. En veinte minutos estoy allí. Más te vale estar en la puerta esperándome. No pienso entrar en un piso de jugadores de *hockey* borrachos e idiotas a buscarte.

Cuelgo sin esperar respuesta. Miro el teléfono y veo que tengo un par de mensajes de mi hermana, preguntándome cómo me ha ido el examen, y otro de mi padre, Kevin, preguntándome si ya voy de camino y pidiéndome, por favor, que tengamos mucho cuidado con el coche.

Les contesto a los dos mientras ando todo lo rápido que puedo hasta la parada del autobús que me lleve hasta la calle Spruce, donde viven Marcus y otros compañeros del equipo.

Como suponía, tardo apenas veinte minutos en llegar. Al hacerlo, compruebo que Brad está en la puerta, esperándome, con un cigarro en la mano. Suspiro, dejando que parte del cabreo se me escape junto con el aire. Es algo que no puedo evitar hacer cada vez que lo veo.

Creo que me enamoré de Brad a los cinco segundos de conocerlo. Estaba con Hailey. Me obligó a ir con ella a ver un partido de *hockey* sobre hielo. Me gusta tanto el deporte como depilarme las piernas pelo a pelo con las pinzas de las cejas. Lo único que de verdad me gusta es salir a correr.

La cosa es que mi hermana estaba tonteando en ese momento con uno de los chicos del equipo y este le había pedido que fuese. Por lo visto, era su amuleto de la suerte. Casi me río en su cara cuando me lo dijo, porque, si yo odio el deporte, a mi hermana le sale urticaria con solo escuchar la palabra. Creo que es lo único que tenemos en común, además del amor por la ropa, la música y de que tenemos la misma cara, claro. La cuestión es que me pidió que la acompañase y no pude decirle que no. Era nuestro tercer año estudiando en la universidad y nunca había ido a ver un partido. Algo imperdonable, por lo visto. Y tampoco quería terminar la carrera habiéndome perdido esa experiencia.

Total. Que me presenté en el estadio —o como se llame donde juegan estos chicos— y me puse a animar al equipo local tal y como lo hacía el resto de la gente. Si ellos gritaban, yo también. Si abucheaban, pues yo también. Aunque no tenía ni idea de por qué. Si levantaban las manos y hacían la ola, yo me ponía en pie y las agitaba más que nadie.

Me marché de allí igual que llegué, sin tener ni idea de *hockey*, pero con un subidón que me quería morir. ¡Me había encantado la experiencia! Me lo había pasado genial y me había reído muchísimo. Aunque también había sufrido cuando le dieron un golpe a uno de nuestros chicos y lo sacaron en camilla del hielo.

Luego me enteré de que ese chico no era otro que Scott Hamilton, el capitán del equipo. Había oído hablar de él. Por

supuesto que lo había hecho, y es que todo el mundo lo conocía, aunque odiaras el deporte. Su nombre se susurraba por los pasillos y yo, que vivía en una residencia llena de mujeres, más todavía. Era como un dios para los demás, aunque a mí me parecía un soberano gilipollas que se paseaba por los pasillos como si todo el campus fuera suyo y los demás tuviésemos que rendirle pleitesía. Y ese concepto no desapareció cuando empecé a salir con su primo, aunque Brad me jurase que era una de las mejores personas que conocía y que lo que mostraba a los demás era solo una fachada. Pues si era una fachada, que la pintase con un poco de color, porque estaba demasiado negra.

La cuestión es que, cuando terminó el partido, Hailey bajó corriendo las gradas, como si de una verdadera forofa se tratase y se abalanzó sobre uno de los chicos. Se dieron tal beso ahí en medio de la pista de hielo que me dio vergüenza ajena. Pero esa era mi hermana. Esperé pacientemente a que terminasen, pero tenían tan metida la lengua el uno en la otra que empecé a dudar de que eso alguna vez fuese a suceder.

—Conozco a Jacob. Si ha cogido a esa chica por banda, dudo mucho que vaya a soltarla hasta dentro de mucho rato.

Alguien me estaba susurrando prácticamente al oído. Di tal respingo que por poco no me caí al frío suelo. Y no lo hice porque un brazo fue más rápido que yo y me sujetó por la cintura.

Al girarme, mi mundo se paralizó. Sé que las protagonistas de los libros románticos dicen mucho eso, y a mí me suena cursi de narices, pero puedo jurar que me sucedió. Ya me daba igual mi hermana y si le estaban haciendo un lavado de estómago con la lengua. También dejó de importarme el hielo, el estadio y quien estuviese en él. Solo podía mirar al chico de pelo castaño, con la cara llena de pecas y los ojos marrones más bonitos que hubiese visto en mi vida, mirándome.

Lo dicho. Cinco fueron los segundos que tardé en enamorarme de Brad Hamilton.

Llamadme superficial si queréis, pero, sí, me enamoré de su cara, de su pelo, de sus ojos y de su sonrisa. Porque Brad me sonreía como si estuviese encantado de conocerme y, os lo puedo asegurar, que yo sí que estaba encantada de conocerlo a él.

—¿Si te suelto crees que te podrás mantener en pie? —Por unos segundos, no tenía ni idea de lo que me estaba preguntando, hasta que fui consciente de su brazo rodeándome la cintura.

Pude sentir como las mejillas se me encendían como un árbol de Navidad. Si él se dio cuenta —que estaba segura de que sí, pues lo tenía justo enfrente— no dijo nada.

Asentí con la cabeza y él fue apartándose poco a poco.

—Lo siento.

—No lo sientas. Por un momento he pensado que te tenía que recoger del suelo.

—Es que me has asustado. No esperaba a nadie susurrándome en el oído, la verdad.

Su risa se ensanchó aún más, provocando un aleteo en mi estómago y que los colores me volvieran a decorar las mejillas.

Escuché un ruido a mi espalda y me giré. El tal Jacob había cogido a mi hermana por el culo y la había alzado en el aire para que esta pudiera rodearle la cintura con las piernas. Estaban protagonizando una película porno. Desde donde estaba, podía oír los gemidos que hacían al besarse. Puse una mueca de asco y suspiré. Todo a la vez.

—Te lo he dicho. Si Jacob ha cogido a esa chica por banda, no va a soltarla en un buen rato.

Les di la espalda a los actores porno y miré al jugador de *hockey*.

—Pero no puede hacerme esto. Me ha pedido que la acompañase y aquí estoy. No creo que vaya a dejarme sola.

—Yo creo que sí. Mira. —Con un movimiento de cabeza, me indicó algo que estaba detrás de mí. Al girarme, vi que la pareja estaba desapareciendo por la puerta que parecía ser de los vestuarios.

—¡Hailey! ¡¡Hailey Wallace Patterson!!

Pero Hailey Wallace Patterson estaba pasando olímpicamente de mi cara. Me giré hacia mi nuevo acompañante, cabreada, y crucé los brazos sobre el pecho.

—¡No me lo puedo creer! ¿Cómo narices vuelvo yo ahora a la residencia? ¡Se ha llevado las llaves del coche y está lloviendo ahí fuera! —Miré el reloj y gruñí, resignada—. El último autobús salió hace diez minutos y no me apetece nada ir andando. ¡Tengo frío! Odio la lluvia. Y el deporte. Y a mi hermana. ¡Y a los jugadores de *hockey* como tú!

Lo señalé con el dedo. Él, lejos de ofenderse, se mordió el labio para no echarse a reír.

—Que yo sepa, lo único que he hecho ha sido evitar que te comieras el suelo con tu preciosa cara.

No me pasó desapercibido ese «preciosa». Ni la forma en que la palabra se deslizó entre sus labios. Pero no quise hacerle ver que me había gustado. Mucho. Seguía cabreada y muerta de vergüenza.

—Da igual. Os sigo odiando. Si no hubierais tenido partido, ahora mismo estaría en mi cama, calentita, con un chocolate en la mano y viendo alguna película en mi habitación.

Me miró, ladeando la cabeza y con una sonrisa pícaro en los labios. En esos momentos me di cuenta de que, cuando sonreía, se le formaban dos hoyuelos en las mejillas que lo hacían más sexi de lo que ya era.

El chico dio un paso hacia delante, invadiendo mi espacio personal. Era alto, así que tuve que alzar un poco la cabeza para mirarlo.

—¿Qué te parece si me cambio de ropa mientras tú me esperas aquí y después te invito a tomar un helado antes de llevarte a tu residencia para que puedas tumbarte en tu cama a ver esa película?

Tampoco me pasó desapercibido cómo pronunció la palabra «cama».

Tragué saliva.

—¿Un helado? ¿Ahora? ¿Tú sabes el frío que hace? Lo digo por si se te ha olvidado que estamos a menos cuatro grados bajo cero.

—No eres de aquí, ¿verdad? —Negué con la cabeza y él sonrió con ternura.

—Vine a estudiar con mi hermana hace tres años. Soy de Ottawa.

—Una canadiense.

—¿Algún problema?

Se inclinó hacia delante y pude jurar que me robó el poco alien-to que me quedaba.

—Todo lo contrario. Creo que eso te suma puntos. Aunque te puedo asegurar que ya los tenías todos.

Era un ligón de manual, eso estaba claro. Se las sabía todas; sabía qué frase utilizar en cada momento para conseguir que se te aflojaran las piernas y te temblara la voz. Y, por lo visto, yo era más débil de lo que pensaba, pero eso fue exactamente lo que pasó.

—¿Qué me dices, Ottawa? ¿Te vienes conmigo a tomar un helado?

—Chelsea. —Enarcó una ceja—. Me llamo Chelsea.

Sonrió con una expresión de lo más canalla.

—¿Qué me dices, Chelsea, te quieres venir conmigo a tomar un helado de Ben & Jerry's? No puedes vivir en Burlington y no hacerlo. Da igual el tiempo que haga. Esos helados entran solos y siempre son una buena opción.

No pude negarme. ¿Cómo negarle algo a esos hoyuelos? Además, no quería decirle que sí, que no había probado todavía los famosos helados nacidos en la ciudad en la que ahora residía, a pesar de llevar unos años viviendo allí. Otra experiencia que tachar de mi lista.

Asentí y él alzó el puño en el aire, victorioso. No puede evitar reír ante su reacción desmesurada.

—Siéntate allí —me señaló unos bancos que había junto a la puerta de entrada—, y espérame. Te juro que no tardo más de cinco minutos.

Después, sin previo aviso y sin que me lo esperase, me dio un beso en la mejilla y desapareció corriendo por la misma puerta por la que había desaparecido mi hermana minutos antes.

Después de esa noche, Brad Hamilton y yo decidimos no volver a separarnos.

CAPÍTULO 3

Chasing Cars

~Chelsea~

Bajo del autobús y me encamino hacia la puerta de la casa. La música es ensordecedora y no entiendo cómo ningún vecino no ha salido a cortarles los cables de la luz.

Brad no tarda en dar conmigo. Da una última calada al cigarro y lo tira al suelo. Sus ojos no se apartan de los míos mientras me aproximo. Puedo ver que están brillantes, probablemente, por culpa del alcohol que todavía corre sus venas, aunque también están serios, cautos... Llego a su altura y me coloco delante, lo suficientemente cerca para que su olor me envuelva, pero lo suficientemente lejos para no sucumbir a su cercanía, para no estirar el brazo, tocarlo y dejar que su calor me atrape y me haga sentir en casa.

Me cruzo de brazos y miro al suelo. Quiero estar enfadada con él. Me ha dejado tirada y, con la tontería, llevamos una hora de retraso. Y no es que me haya dejado tirada porque haya tenido una emergencia. No. Ha sido porque se ha marchado con el resto del equipo a beberse hasta el agua de los floreros.

Para mí, lo de hoy era especial. Era importante. Y estoy dolida.

Veo las puntas de sus botas moverse hacia delante. Levanto la cabeza de golpe y lo miro, ceñuda. Él alza los brazos, en son de paz, y se queda quieto. Ahora que lo tengo tan cerca puedo asegurar que sus ojos muestran arrepentimiento y también remordimiento.

—¿Puedo darte un abrazo?

Lo pregunta tan bajito que, por culpa de la música que sigue saliendo de dentro de la casa, es difícil oírlo. Pero lo hago y mi cuerpo también, porque reacciona solo.

Aún no he terminado de asentir con la cabeza que ya tengo sus brazos rodeándome la cintura y la nariz enterrada en mi cuello.

Lo sabía. Sabía que su olor me traicionaría.

Paso mis brazos por su cuello y dejo que me estreche todavía más fuerte contra su cuerpo.

—Lo siento muchísimo, Chess. —Sus palabras suenan sinceras y ya no las arrastra. No como cuando hablábamos por teléfono.

—Brad, a mí no me importa que hagas con tus amigos las fiestas que te dé la gana, es solo que...

—Lo sé, lo sé... —Me da besos por toda la cara, impidiéndome terminar de hablar, pero necesito que escuche lo que tengo que decirle. Me aparto lo suficiente para poder mirarlo a los ojos. Hincho los pulmones y suelto el aire poco a poco mientras hablo—. Para mí lo de hoy era importante.

—Para mí también, te lo juro.

—¿Seguro? Porque —saco el móvil del bolsillo de la chaqueta y miro la hora— ahora iríamos por mitad de camino y mira dónde estamos.

—Te lo prometo. Se me ha ido de las manos y ni siquiera me he dado cuenta de la hora que era.

—¿Quieres ir? ¿Es ese el problema? Si no quieres, no pasa nada, de verdad. Sé que fue idea tuya, pero no tienes ninguna obligación de nada.

Aparta las manos de mi cintura y las sube hasta acunar mi rostro con ellas. Se acerca lo suficiente para que la punta de su nariz roce la mía.

—Quiero conocer a tus padres. Quiero despertarme la mañana de Navidad y comerme un plato de las famosas tortitas de tu padre con sirope de arce por encima, abrir los regalos junto al fuego y tomarme un tazón de chocolate caliente con nubes tostadas por encima. Olvídate de lo que ha pasado y vámonos, ¿sí? Por favor.

Lo miro durante unos segundos. Suena sincero y a mí se me calienta el pecho solo de pensar en hacer todo eso con él, porque desde que me propuso pasar Acción de Gracias con su familia y Navidad con la mía no he estado pensando en otra cosa. Pero quiero estudiar su rostro un poco más, solo para asegurarme. Brad me conoce lo suficiente y sabe lo que estoy haciendo, así que me brinda la primera sonrisa desde que nos hemos visto. La misma que me regaló ese día, en la pista de *hockey*, después del partido.

—¿Confías en mí, Chess?

Pues claro que lo hago.

Asiento y él vuelve a sonreír. Me da un beso en la punta de la nariz, que debo de tener roja y fría, me quita la mochila del hombro y se la cuelga al suyo.

—Si nos damos prisa, llegamos para cenar.

Coloca el brazo con el que no sujeta la mochila sobre mis hombros y me gira en dirección al coche. Cuando llegamos, abre el maletero, mete mi mochila y después se dirige hacia el lado del conductor, pero llego antes de que pueda abrir la puerta.

—Ni lo sueñes, Brad Hamilton. Dame esas llaves.

Mira mi mano extendida como si fuese algo de otro planeta. Muevo los dedos para captar su atención.

—Las llaves.

Aparta la vista de mi palma y la centra en mis ojos.

—¿Vas a conducir tú?

—No querrás hacerlo tú, ¿verdad? Te recuerdo que vas borracho.

—Te he dicho que controlo. —Enarco una ceja y él me mira, abatido—. Sé que eso es lo que dicen los borrachos, pero te juro por mis palos de *hockey*, y ya sabes cuánto los quiero, que puedo conducir. Nunca te pondría en peligro, Chelsea.

Lo último lo dice con pesar, como si yo fuera capaz de pensar algo así. Niego con la cabeza mientras lo sigo mirando.

—Lo sé. Lo de tus palos y lo de ponerme en peligro. Pero, aun así, no me fío. Así que, por favor, ¿puedes darme las llaves?

—Chess, no te gusta conducir y menos todavía cuando llueve o nieva. ¿Estás segura?

Quiero gritarle que no, que claro que no estoy segura. Pues, como él apunta, no me gusta mucho conducir. Lo hago cuando no tengo más remedio, pero suelo dejar a Hailey tomar el timón siempre que puedo, pues no me siento muy segura tras el volante. Y menos todavía si llueve como lo está haciendo ahora mismo. Pero Brad ha bebido y no hay más que hablar.

—Sí —afirmo lo más segura que puedo. Brad me mira a los ojos durante un par de segundos más. Al final, suspira, abatido, y me coloca las llaves en la palma de la mano. Me da un beso en los labios y se dirige al lado del copiloto.

Entro en el coche, me quito la chaqueta, los guantes y el gorro y ajusto los espejos. Enciendo el motor, pongo la calefacción al máximo y meto primera. Brad sabe de mi obsesión por el no silencio en el coche, así que enciende la radio y deja que Katy Perry, con su *Last Friday Night*, lo llene.

Tamborileo con los dedos sobre el volante mientras las canciones se suceden unas tras otras. Miro a Brad por el rabillo del ojo y veo que se ha quedado dormido. Si ya me parece guapo despierto, dormido es una delicia —si Hailey me escuchara hablar así, estoy segura de que me daría un capón—. El sol desaparece por completo y la oscuridad se ciñe sobre nosotros. Por si eso no fuera poco, ahora está lloviendo más que antes. Pero no se trata de una lluvia normal. Es como si el cielo se hubiese abierto y las nubes hubiesen decidido descargar toda su furia sobre los habitantes de la Tierra.

Me agarro tan fuerte al volante que los nudillos se me ponen blancos. Respiro hondo y me obligo a no apartar los ojos de la carretera. Por suerte, estamos solos, así que no hay peligro por esa parte. Aun así, no me gusta. No me gusta nada.

Miro la hora en el salpicadero y veo que llevamos la mitad del camino recorrido, por lo que solo queda una hora y media para llegar a casa.

—Puedo hacerlo —me digo, dándome ánimos.

Una mano helada se posa sobre la mía, dándome un susto de muerte. Chillo como una histérica mientras giro la cabeza una milésima de segundo para ver a Brad, despierto a mi lado.

—¿Sabes el susto que me has dado?! ¡No vuelvas a hacer eso en tu puñetera vida!

—Perdona. Es que te he llamado y parecía que no me escuchabas.

—Estoy intentando que no nos matemos.

—No vamos a matarnos.

—Para ti es fácil decirlo, vas en el asiento de al lado tan tranquilo, pero a mí me duelen las manos de apretar tanto, además de los hombros. Y creo que las ruedas están patinando.

—Para en cuanto puedas y conduzco yo.

—Pero...

—Chelsea, por favor, no discutas. Te juro que estoy bien. Este poco rato que he dormido me ha sentado fenomenal y cualquier rastro de alcohol que hubiese en mi cuerpo se ha esfumado.

Sé que no me mentiría. Además, es cierto que lo estoy pasando mal y Brad es un conductor excelente. Seguro que es más peligroso conducir con esta tensión que tengo que con el poco alcohol que pueda quedar en el cuerpo de Brad. Asiento y rezo para encontrar pronto un sitio en el que poder parar un momento.

Chasing Cars, de Snow Patrol, comienza a sonar por los altavoces. Siempre que escucho esta canción me acuerdo de *Anatomía de Grey*. Cómo me gustaba esa serie. Una pena lo del Doctor Macizo. Bueno, lo de todos. Ahí la gente caía como moscas.

—Chess, ahí hay un cartel que dice que a dos kilómetros hay una gasolinera. Ve poniéndote a la derecha para no pasarnos la salida. —Pongo el intermitente y hago lo que me dice—. ¿Qué tal vas? ¿Bien?

—He estado mejor, pero sí, estoy bien.

—¿Tanto como para escucharme con atención un momento?

Lo miro un segundo para saber si está bien. Los hoyuelos esos que tanto me gustan están ahí y el nerviosismo es patente en su cuerpo, a tenor de cómo retuerce las manos en el regazo.

—¿Estás bien?

—Sí. Es solo que tengo algo importante que decirte y necesito que me escuches con atención.

—¿Es algo por lo que vaya a enfadarme? Porque te juro que ahora no es un buen momento.

—Espero que no.

—¿Esperas? Brad, estás empezando a asustarme y a ponerme nerviosa. Más de lo que ya estoy, y no creo que sea prudente dada nuestra situación.

Coloca una de sus manos sobre la mía y entrelaza nuestros dedos.

—Te quiero.

—Y yo a ti.

Llegamos al cartel que anuncia que la gasolinera está a solo un kilómetro de distancia. Si no fuera porque, ni loca, suelto el volante, me pondría a aplaudir.

—Mira, ya no queda nada. En cuanto lleguemos, paramos y me dices todo lo que quieras.

Apaga la música y deja el coche en un tenso silencio. Lo miro una milésima de segundo y me doy cuenta de que está muy serio.

—Ahora sí que me estás asustando.

—Para nada. Es solo que quiero que sepas que lo siento mucho. —Me acaricia la mejilla con los dedos y la piel se me pone de gallina—. Te juro que no era mi intención que pasase nada de esto. Tenía muchas ganas de conocer a tus padres, es solo que me asusté.

¿Brad Hamilton asustado?

Ya puedo ver la gasolinera a lo lejos y suspiro, aliviada. Puedo percibir como Brad se pasa una mano por el pelo. Todavía va cogido a mi mano, así que no dudo en apretar la suya para intentar tranquilizarlo.

—Luke pensó que me iría bien tomarme un par de copas —continúa—, a ver si así se me iban un poco los nervios. Solo fue eso, nada más. Te lo juro.

—Deja de preocuparte por eso. Ya estamos aquí y está todo bien.

—¿De verdad?

—Te lo juro. Además, no tienes que estar nervioso, mis padres te van a adorar. ¿Sabes por qué lo sé?

—Sorpréndeme.

—Porque yo te adoro, y ellos solo quieren lo mejor para mí. Aquello que me hace feliz.

—¿Y yo la hago feliz, señorita Wallace?

Hago que me lo pienso durante unos segundos. Brad suelta un jadeo, se lleva la mano que tiene libre al pecho y finge sentirse ofendido. Después, se abalanza sobre mí y me hace cosquillas en el costado.

Sabe que tengo muchísimas, por lo que no puedo más que gritar al tiempo que le pido que pare, pero él solo ríe, cada vez más y más fuerte, y yo con él.

Aparto la vista de la carretera para ponerla en él. Él aparta la mirada de mí para ponerla sobre la carretera. Yo sonrío con los labios, las mejillas y los ojos. Él deja de hacerlo. Su semblante se vuelve serio. Sus ojos se agrandan y su boca se abre hasta formar una gran o. Unas luces alumbran el interior del coche. Alumbran tanto que tengo que soltarle los dedos para poder poner la mano sobre la frente y usarla como visera.

—¡¡¡Chelsea!!!

Mi nombre en sus labios es lo último que escucho antes de que algo impacte de frente contra nosotros. Ni siquiera me da tiempo a ver qué es. Solo puedo sentir cómo mi cuerpo se vence hacia delante y hacia atrás. Mi cabeza golpea con tanta fuerza contra el respaldo que un pitido ensordecedor comienza a bloquear mis sentidos.

Cinco fueron los segundos que tardé en enamorarme de Brad Hamilton. Y cinco fueron los segundos que tardó mi mundo en cambiar para siempre.